

Futuro imperfecto, de Xulia alonso, o algunas cosas sobre cómo la literatura puede hacer que un día prescindible termine en una noche hermosa y brutal

Puedes ver el original de [Berta Dávila](#) (en gallego) [aquí](#)

La mañana del miércoles cogí el coche hasta el aparcamiento de Plaza de Galicia en Santiago. Era tal la vagancia que ni pensé en ir en el bus, entre otras cosas porque la distancia desde mi casa a la parada de bus es mayor que la que hay desde la parada del bus a la Plaza de Galicia. El trayecto completo, caminando, no abarca más de quince minutos. Imaginen el grado de desgana. Hice la solicitud para la expedición de un certificado y compré unas deportivas amarillas. Probé unas sandalias de cuero que eran incómodas y, sí, un poco feas. Después, entre en Follas Novas y, por aquello de llegar a casa con algo que me emocionara más que las deportivas amarillas, me hice con un libro de Paul Auster, el que me faltaba de la *Trilogía de Nueva York*. Bajé hasta el piso de literatura gallega barra idiomas siguiendo la ruta habitual y curioseé un rato. Miré, para qué negarlo, si tenían mis libros y cuántos ejemplares de cada uno. Fué curioso y emocionante comprobar que estaban allí, como siempre que me entrego a esa egosearch en las librerías. Reconozco que la acción tiene algo de vanidad, o mucho, pero quizá no la tiene también el propio hecho de publicar un libro? No es en esencia vanidoso pensar que tal vez alguien, aunque se ade la propia familia, puede querer compralo? Hay también una buena porción de incredulidad, de exposición, como los bebés poco crecidos que aún hablan de sí mismos en tercera persona, y que se miran en el espejo y señalan su reflejo con el dedo. ei! soy yo! la niña está ahí! Eso es mi dedo! Puedo verme, luego existo. Tal vez.

Después cogí el libro de Xulia Alonso y pagué los dos. el de Paul Auster y *Futuro imperfecto*. No fué una acción reflexiva, confieso que iba más contenta con los siete euros invertidos en Auster que con los quince que me costara el otro. Confieso que pensé que por el mismo precio de *Futuro imperfecto* podía comprar alguna novedad de Positivas y un libro de relatos de Quim Monsó en Compactos Anagrama. Tuve suerte de no dejarme llevar por los impulsos cuantitativos en aquel momento. Regresé al aparcamiento y metí 2,73 euros en monedas en la máquina. eso es el precio exacto que cuestan quince minutos de caminata de ida, y otros quince de vuelta.

Los libros permanecieron dentro de mi bolso el resto del día: estuve en la facultad en la presentación de un curso sobre el Álbum Infantil que comienza en septiembre, visité a mis abuelos y mi ahijada, fui a casa de mis padres y cuando volví definitivamente a mi casa era ya de noche, más de las diez. Los libros me habían acompañado como una promesa dentro del bolso, como un amuleto. En el sofá, cogí el libro de Xulia Alonso y lo empecé, mientras con la televisión encendida atendía al último programa de Buenafuente. Pero el libro no me permitió compaginarlo con nada, me devoró a mi antes que yo a él, me atrapó de inmediato. Tengo que decir que tenía algunos prejuicios sobre él. Leyera algunas cosas que no me invitaban a considerarlo instantáneamente de mi gusto habitual: que era autobiográfico, que

era una historia sobre el SIDA, que era una crónica generacional. Eso leyera. También es cierto que intentara sacarlo en préstamo en la biblioteca de la universidad y no fui capaz, dos veces, porque ya estaba cogido. Algo tendría aquel libro. Aún así, parecía difícil que alguien fuese capaz de traducir, como de hecho hizo Alonso en la escritura brillantísima de *Futuro imperfecto*, unas vivencias íntimas y dolorosas en un libro tan apreciable.

Fue en todo un día banal y desocupado, al que siguió una noche larga e intensa, en la que comencé y también terminé sin esfuerzo ni imposición una novela, o una crónica, que me devastó por dentro. Allí, en las páginas, una voz potentísima: que se introducía directamente en la médula de mis emociones, que no dejaba un mísero espacio para la conmiseración, que huía de la queja fácil y lastimera, que diseccionaba con minucia y lucidez el rencor y la culpa. Es un relato de una honestidad abrumadora, pero no sólo porque Alonso habla de una historia vivida sino sobre todo porque lo hace sin omitir por pudor o retórica todas las facetas de un poliedro de emociones contradictorias y necesarias. Me conmovió la reflexión contenida, la total ausencia de autocomplacencia, la carencia de fácil compasión por el personaje central en la voz de la narradora. El ser amado, Nico, es el reflejo de un amor tan alejado de la idealización, de un amor tan superior a la enfermedad, que estremece. Y es que nada se idealiza, y por eso también es honesto, porque nadie idealiza cuando realmente ama. Se aman la mirada atlántica y la sonrisa de media luna, se ama también la sonrisa de cuarto menguante provocada por la hemiplejía en el personaje de Nico.

Futuro imperfecto es una historia de muerte y enfermedad pero es sobre todo una historia de amor, de amor a un hombre, a una hija y por encima de todo de amor a la vida, a la familia, a la amistad. Nada hay de morbo. Es un libro hermoso y brutal, no se me ocurren más adjetivos.